

**INFORME DE DON MIGUEL TELES MENESES SOBRE UN
CAMINO DE MENDOZA A TALCA
ARCHIVO HISTÓRICO DE CÓRDOBA, GOBIERNO, CAJA 31 (1809),
LEGAJO 17**

Florencia Roulet¹

¹ *Universidad de Lausanne*

El trabajo en archivos tiene, para quienes no lo han practicado, la triste reputación de ser una tarea tediosa en la que a menudo se pierden horas interminables revisando papeles polvorientos que nada sustantivo tienen para aportarnos. Es cierto que frecuentemente los resultados de la búsqueda no están a la altura de nuestras expectativas iniciales y que los datos que pretendíamos encontrar se nos escabullen obstinadamente. Hasta los investigadores avezados lo reconocen: “Hay momentos de desasosiego: no aparece ningún papel con información pertinente; momentos de aburrimiento: debemos leer largos relatos con paciencia porque prometen aportar algún dato; momentos de impaciencia: ese papel que ayer vimos entre los otros quinientos folios de un legajo, hoy no quiere aparecer. Con impaciencia, aburrimiento y desasosiego se teje nuestra repetida presencia en el archivo”¹. Afortunadamente, hay también momentos luminosos en los cuales nos cae entre manos un documento de inusual valor por la riqueza y originalidad de las informaciones que contiene y, lo que es aún más inhabitual considerando las pobres dotes literarias de los burócratas, por la elegancia de la expresión escrita.

El informe que publicamos es uno de esos raros textos que justifican jornadas enteras de ardua lectura en un archivo. Nos muestra por un lado lo vagas que eran, terminando la primera década del siglo XIX, las nociones geográficas de los hispanoamericanos rioplatenses sobre los territorios indígenas al sur de las fronteras coloniales, espacios imprecisos y lejanos, entrecortados por una larga sucesión de ríos, prometedores de paisajes de singular belleza y abundantes recursos. Y, por otro lado, los escasos conocimientos que se tenía sobre los pueblos oriundos de aquellas regiones, individualizados ya sea por los nombres de

¹ NACUZZI, Lidia, “Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas”, en VISACOVSKY, S. y R. GUBER (comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en la Argentina*, Bs.As., Antropofagia, 2002, pp. 229-262.

las ciudades españolas fundadas en sus tierras en el siglo XVI (las naciones “de Osorno”, “de Imperial”, los “Valdivianos”), ya por designaciones que parecen superponerse, como Muluches, Guiliches y Mapuches, vocablo este último que no es común encontrar en fuentes tan tempranas. Nos revela, por añadidura, en qué grado dependían los hispanocriollos de la baquía indígena para ubicarse y moverse en ese ambiente que aspiraban a poseer y controlar en un futuro no lejano. Nos describe seguidamente los esfuerzos desplegados para abrir un camino transitable por carretas entre Buenos Aires y Talca y nos devela el misterio de la separación de los ríos Diamante y Atuel, sobre cuya confluencia –hoy borrada desde hace tiempo– se había fundado el Fuerte de San Rafael en 1806. Nos detalla luego minuciosamente las obras emprendidas para la consolidación de dicho fuerte y termina refiriéndonos el estado de la incipiente población afincada en sus inmediaciones y las relaciones con los indios comarcanos.

Su autor es don Miguel Teles Meneses, militar portugués capturado por la expedición de Pedro de Cevallos en 1777 e internado en Mendoza donde formó familia y se radicó definitivamente. Entre 1779 y 1799 actuó a las órdenes del Comandante de Armas y Frontera, don José Francisco de Amigorena y ascendió a Sargento Mayor y Comandante de las Milicias Urbanas de Mendoza. En abril de 1805 Teles Meneses acordó en parlamento con veintitrés caciques y once capitanejos pehuenches, reunidos en los terrenos de la confluencia de los ríos Diamante y Atuel, un tratado por el cual aquellos “franquearon sus tierras para la apertura de los caminos” hacia Chile y “cedieron en la posesión” de dichos terrenos “para el establecimiento del mismo fuerte y Población”². Para lograr tal acuerdo, Teles Meneses había tenido que mitigar los recelos de los pehuenches, temerosos de que “se les intentara quitar sus terrenos y esclavizarlos”. Mediante “esfuerzos, persuasiones y diligencias” logró obtener su consentimiento al tratado, lo que le valió el ascenso a Teniente Coronel y la nominación como Comandante de Frontera de Mendoza³. Otras fuentes nos indican que Teles Meneses dedicó especial cuidado a cultivar una buena relación con los indígenas para favorecer la continuidad de la nueva frontera de San Rafael, avanzada española en territorio pehuenche cuyo alejamiento de Mendoza y del fuerte de San Carlos creaba

² El texto de este “tratado” (que en realidad es, como su primer párrafo lo indica, un “resumen de los artículos acordados”, puesto que no menciona los nombres de los presentes ni lleva la firma de las partes) se encuentra en el Archivo Histórico de Mendoza (en adelante, AHM), Carpeta 30, documento 49 y ha sido editado, con algunos errores de tipeo, por MORALES GUÑAZÚ, Fernando, *Primitivos habitantes de Mendoza*. Mendoza, Best Hermanos, 1938, Apéndice documental n° 27, pp. 251-252 y por LEVAGGI, Abelardo, *Paz en la frontera. Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (siglos XVI-XIX)*, Buenos Aires, Universidad del Museo Social Argentino, 2000, pp. 163-164.

³ Nota de Faustino Ansay, Comandante de Armas de Mendoza, a Sobremonte, mayo de 1805, AHM, Carpeta 52, documento 109.

problemas de defensa en caso de hostilidades con los indios⁴. Gracias a su buena predisposición hacia los nativos, San Rafael se convirtió en punto de atracción no sólo para los pehuenches y puelches comarcanos, sino también para los ranqueles de Mamuel Mapu, los huilliches neuquinos y hasta para renombrados caciques del sur de Chile que se acercaron a ofrecer su amistad⁵. Su consagración a la enorme tarea de erigir el Fuerte en paraje tan aislado minó su salud y terminó siéndole fatal. Miguel Teles Meneses falleció el 13 de enero de 1810, lamentando en sus últimos instantes “el dolor que le ocasionaba el dejar su Frontera en el caso que más interesaba esforzar la conclusión en el plan de ideas que dirigían la nueva fortaleza del Diamante, cuyas penosas fatigas habían extenuado su Salud y prostrado a los últimos instantes de su vida...”⁶. El Informe que aquí publicamos, fechado el 25 de septiembre de 1809 es, pues, una suerte de testamento en el que expone con franqueza sus ideas para hacer de la nueva población un hito insoslayable en la ruta entre Chile y Buenos Aires.

El proyecto de abrir una vía comercial entre Chile y el Río de la Plata, más corta y directa que la que se practicaba entre Santiago y Mendoza por el paso de Uspallata, venía germinando desde que la lanzara en Chile don Ambrosio O'Higgins, allá por 1794. Había cristalizado en un primer viaje de Talca a Mendoza, realizado por don José Santiago Cerro y Zamudio del 26 de noviembre de 1802 al 5 de febrero de 1803, atravesando una pequeña porción de territorio pehuenche. El primer cruce de la cordillera por Cerro y Zamudio fue por el paso de Valle Grande, pero en el mismo viaje el explorador reconoció el paso del Planchón, situado un poco más al norte. Este sería en adelante su camino predilecto. Luego de conocerse el éxito de su viaje, las autoridades chilenas

⁴ El Comandante de Armas de Mendoza consideraba que el mayor mérito de Miguel Teles Meneses era “lo que ha trabajado en la avanzada frontera en la que se halla construyendo el nuevo fuerte de San Rafael, en donde a fuerza de sus persuasiones tiene varios infieles reducidos [...]. No hay duda que era difícil empresa, pero la ha conseguido a fuerza de su política y tesón, atrayendo las voluntades de los Infieles, que son tan trabajosos en su genio: variables...” (Informe de Faustino Ansay, 13 de octubre de 1807, en AHM, Carpeta 56, documento 6).

⁵ En un informe anterior al Virrey Sobremonte, Teles Meneses mencionaba la numerosa concurrencia de naturales a San Rafael: “entre ellos vienen algunos de los más internados mandados por sus Caciques a saludarme y ofrecerme su amistad”, citando como ejemplo a dos mocetones del Cacique Guechudeo de Nación Guilliche, a “varios Caciques de los llanos muy distantes, situados en la parte Occidental de la Cordillera”, al cacique Carripilum, “el más pudiente entre los Puelches conocidos” y a tres familias “de los indios de Boroa [que] se han ofrecido por vecinos y ya ocupan las inmediaciones de este Fuerte”, además de los pehuenches fronterizos (Teles Meneses a Sobremonte, 8 de diciembre de 1806, Archivo General de la Nación, Sala IX –en adelante, AGN IX-, 11-4-5).

⁶ Probanza de méritos de don José de Suso, vecino de Mendoza y Capitán de su Regimiento de Caballería, Mendoza, 15 de enero de 1810, en Archivo Histórico de Córdoba (en adelante, AHC), Gobierno, Caja 32 (1810), legajo 6.

decidieron mandar tres comisiones para averiguar si existían otros pasos cordilleranos más cómodos: una dirigida nuevamente por Cerro y Zamudio, que llegó a Mendoza en agosto de 1804 y convenció a un grupo de caciques pehuenches de acompañarlo hasta Buenos Aires, donde se presentaron ante el virrey y los miembros del Consulado en octubre de ese año; otra encabezada por el capitán José Barros, que partió de la ciudad de Linares y cruzó la cordillera por el paso de Anchigüeno o Ancoa, regresando a Linares en marzo de 1804, y la tercera por Justo Molina, quien salió de Chillán el 14 de abril de 1804 y cruzó por el paso de Antuco o Alicó, llegando a Buenos Aires recién en enero de 1805 tras un accidentado viaje, al día siguiente de la partida de Cerro y Zamudio. Este último emprendía su regreso a Chile de guardia en guardia hasta el fuerte mendocino de San Carlos acompañado por el geógrafo francés Sourryère de Souillac, decidido a probar las ventajas de su camino por el Planchón. En esta ocasión, Sourryère de Souillac exploró el paso que llamó "Camino Real de las Damas de Sobremonte", del que decía que era tan llano y suave que hasta las damas podían animarse al viaje y acompañó a Teles Meneses a elegir el emplazamiento más conveniente para erigir el fuerte de San Rafael.

Molina, por su lado, retornó a Chile nuevamente por territorio de ranqueles pampeanos y pehuenches de la cordillera, cruzando los Andes desde Neuquén por el valle de Alicó. Una vez en Chile, ambos comisionados defendieron las rutas que habían explorado: la de Cerro y Zamudio y Sourryère de Souillac era más larga, pero sus proponentes argumentaban que el paso estaba despejado de nieve durante todo el invierno, mientras que el de Alicó o Antuco se cerraba durante tres meses; la de Molina era sensiblemente más corta pero su frecuentación dependía de las buenas relaciones que se mantuvieran con ranqueles y pehuenches. Para desempatar entre ambas propuestas y obtener una descripción completa y confiable del trayecto recorrido por Molina, se decidió que éste realizara un nuevo viaje en compañía del Alcalde Provincial de la Concepción, don Luis de la Cruz, mientras Sourryère deshacía otra vez el camino entre Chile y Buenos Aires (noviembre de 1805, Pascuas de 1806), cruzando esta vez los Andes por el Paso del Maule o Pehuenche, que consideró más idóneo que el explorado por Cerro y Zamudio.

La conocida expedición de Luis de la Cruz salió del fuerte de Ballenar el 7 de abril de 1806 y llegó a Melincué tres meses más tarde, recibiendo allí la noticia de las invasiones inglesas a Buenos Aires y de la huida de Sobremonte hacia Córdoba, destino al que se dirigió también de la Cruz para dar cuenta al Virrey de su viaje. Los diarios de estas sucesivas expediciones dieron pie a una encendida polémica geográfica, que no había concluido aún en 1808, cuando el Gobernador Intendente de Córdoba solicitó a Teles Meneses su opinión sobre la factibilidad de hallar un camino transitable por carretas entre Buenos Aires y la ciudad chilena de

Florencia Roulet

Talca⁷. Tal es la razón de ser del informe redactado por el Comandante de Frontera de Mendoza el 25 de septiembre de 1809.

Quizás la característica más notable de este escrito sea la explícita mención que hace del apelativo étnico “Mapuche”, que recién se impondría como designación colectiva de los indígenas de Chile y de los hablantes de mapudugun en las Pampas a partir de la segunda mitad del siglo XIX⁸. Teles Meneses lo usa en dos ocasiones que vale la pena analizar para intentar discernir el sentido preciso que tenía el término en época tan temprana⁹.

El autor del documento declara en primer lugar que la información que brinda acerca de “las distancias que hay de la Junta del Diamante a las Naciones de Osorno, Muluches, Imperial, Valdivianos y demás de las costas del Mar chileno” proviene de las relaciones que le han hecho los “Caciques Amigos”. Se trata, para el primer tramo, de los pehuenches de la región de San Rafael y de Malargüe,

⁷ Los datos sobre las sucesivas expediciones y la consiguiente polémica están tomados de MARTINEZ SIERRA, Ramino, *El Mapa de las Pampas*, Tomo I, Buenos Aires, Archivo General de la Nación, 1975, pp. 192-220. Véase también, para una presentación más sucinta, LACOSTE, Pablo, *Sistema Pehuenche. Frontera, sociedad y caminos en los Andes Centrales Argentino-Chilenos (1658-1997)*, Mendoza, Cultura de Mendoza/Gobierno de Mendoza/ Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la U.N.C., 1998, pp. 55-59.

⁸ José Manuel Zavala atribuye a Rodolfo Lenz la introducción del término “Mapuche” en la literatura etnográfica recién en las postrimerías del siglo XIX (ZAVALA, José Manuel, *Les Indiens Mapuche du Chili. Dynamiques inter-ethniques et stratégies de résistance, XVIIIe siècle*, Paris, L’Harmattan, 2000, p. 12); Guillaume Boccara precisa que ya se encuentran en el diccionario del jesuita Febres, de 1765, términos como *mapudugun*, *ca-mapuche*, *huincamapu*, *murumapu* y *mapun*, que sugieren que la noción de *mapu* se asociaba a las ideas de patria y de cultura y que ya entonces comenzaba a surgir una autoidentificación de los mapuches como pueblo. Boccara identifica otros dos documentos de fines del siglo XVIII que usan el gentilicio “mapuche” para designar al conjunto de los habitantes de la Araucanía, pero aclara que recién a partir de 1854 la documentación indica que los indios que antes se nombraban a sí mismos *reche* empiezan a percibirse como formando parte de una entidad sociocultural específica por oposición a los *huincas* (BOCCARA, Guillaume, *Guerre et ethnogénèse mapuche dans le Chili colonial*, Paris, L’Harmattan, 1998, p. 362). Martha Bechis, por su parte, afirma que “hay bastante acuerdo entre los historiadores (Zapater, 1992 y Gordon, 1984) en que el vocablo ‘mapuche’ como gentilicio que designa a todos los mapuche hablantes que se interesan o pueden demostrar su ascendencia real o putativa araucana, apareció recién en la segunda mitad del siglo XIX” (BECHIS, Martha, “La ‘organización nacional’ y las tribus pampeanas en Argentina durante el siglo XIX”, 1999, Ponencia presentada en el XII Congreso Internacional del AHILA, Porto, p. 23. En prensa).

⁹ Valga señalar que en un documento del mismo año, redactado en Melincué el 25 de agosto de 1809 por el Comandante del Fuerte, Gerónimo González, encontramos otra referencia a los mapuches en boca del cacique Millanas. Este se había presentado al fuerte para dar parte a su comandante “que los indios de Salinas se han juntado con los indios mapuche para venir a robar haciendas y a pelear armados con lanzas [...]. Dice también que los indios que han de venir son muchos como pajas y que por eso ha venido a dar parte...” (AGN IX, 1-4-5).

aliados de vieja data de las autoridades mendocinas, quienes sin duda le indicaron los ríos y demás accidentes geográficos entre el Diamante y el Boquete de Alico, al este de la cordillera. Como dueños de esos terrenos, Teles Meneses identifica a los "Pehuenches, Guiliches y Patagones". Una vez franqueados los Andes por el paso de Alico, Teles Meneses menciona los ríos que deben cruzarse hasta llegar a Osorno, al cabo de tres meses y medio de camino desde Alico. Su informante para este tramo es el "Gran Gobernador Ulipan Pichapi", quien aseveraba que la distancia total entre el Diamante y "los Muluches" es de "cuatro meses de camino" y que la que había entre el Diamante y la "arruinada ciudad" de la Imperial, situada al norte de Osorno, "es de dos meses y medio de camino, marchando al sur por entre montes de excelentes maderas habitados por Guiliches y Mapuches". A continuación nos menciona a Villa Rica, que sitúa "en la misma costa del Mar chileno", confundiéndola probablemente con Valdivia (ya que Villarrica estaba más cerca de la cordillera que del Pacífico). Dice que "la riega el Río Toltén y la habitan los Guiliches. Los Caciques Mapuches aseguran que en aquella costa se han visto tres embarcaciones con gentes blancas".

Recapitemos los escasos datos etnográficos y las confusas referencias geográficas que nos brinda Teles Meneses: al este de la cordillera, según sus informantes pehuenches, viven los pehuenches, los huiliches y los patagones. Al oeste, en lo que actualmente es Chile, habrían aparentemente tres grupos: los muluches, los huiliches y los mapuches. ¿Se trata de gentilicios genéricos o de tres grupos distintos, localizados en territorios específicos? Si sumamos las distancias que nos da el autor (seis días para el trayecto entre el Diamante y Balbarco, doce días entre Balbarco y el boquete de Alico y tres meses y medio de allí hasta Osorno) deducimos que los Muluches deben ser los habitantes de la región de Osorno, puesto que el trayecto entre sus tierras y el Diamante es de cuatro meses de camino. El territorio boscoso situado entre el boquete de Alico y las ruinas de la Imperial pertenecería a huiliches y mapuches, que imaginaríamos entonces como vecinos septentrionales y cordilleranos de los muluches. Llegados a esta conclusión, nos quedamos perplejos al leer que los huiliches habitan también en la Villa Rica (probablemente Valdivia), a orillas del Toltén, sobre la costa del mar, y que los caciques mapuches han visto en esas mismas costas barcos con gentes blancas. ¿Quiere decir que su territorio se extiende de las faldas de la cordillera hasta el océano? ¿Quiénes son realmente y dónde viven estos grupos?

Mi opinión es que este panorama tan poco claro se debe al desconocimiento por parte de Teles Meneses de la lengua indígena y de las realidades étnicas a las que alude, lo que lo lleva a sumar apelaciones diferentes, usadas por distintos hablantes, para designar a los mismos grupos o a un grupo mayor y a sus subgrupos. Para intentar deshacer el embrollo, nos concentraremos primero en la

figura de Ulipan Pichapi, su informante chileno. Según documentación del Archivo Histórico de Mendoza, este cacique –también mencionado como Pichapí o Pichepe-, se hizo presente en la frontera mendocina con una importante escolta durante los meses de agosto y septiembre de 1805, viniendo “de muy lejos por conocer la tierra y entablar la paz” con los españoles. Desde principios de julio de aquel año, los caciques pehuenches dan avisos de la inminente llegada “del gran Cacique Pichepe de la nación **Muluche**” con una numerosa comitiva¹⁰.

Las fuentes y los estudiosos discrepan en cuanto a la etimología y al sentido del término “moluche” o “muluche”. Por un lado, están quienes los consideran un subgrupo del conjunto más vasto de los araucanos o mapuches, territorialmente circunscriptos a un área específica: para Sergio Villalobos, los moluches eran los “araucanos situados al sur del Biobío y en las cercanías de la Cordillera”¹¹; según Martha Bechis, eran mapuches que vivían al este de los llanistas, sobre las laderas de los Andes, y se los llamaba también “arribanos” o “wenteche”. En el siglo XIX llegaron a desarrollar una poderosa confederación con jefaturas hereditarias –como las del cacique Mangin Wenu, su hijo Quilapán y luego su hermano Epulef- que extendieron su poder más allá del grupo local¹². Por otro lado, el término aparece como sinónimo del conjunto más vasto de los mapuches o “araucanos” de Chile y se le atribuyen dos etimologías posibles: una que remite a su calidad de guerreros, otra que los vincula con el oeste. José Manuel Zavala supone que durante el siglo XVIII, en las Pampas¹³, se encuentran dos términos para designar a los Mapuches: Moluche o Muluche, que significaría “hombres guerreros”, ya que “molun” es “hacer la guerra”, y Auca, sinónimo de “rebelde, quien opone una resistencia militar”¹⁴. Zavala sugiere que

¹⁰ Faustino Ansay al Ministro contador de Real Hacienda, 2 de julio de 1805, AHM, carpeta 56, documento 6.

¹¹ VILLALOBOS, Sergio, *Los pehuenches en la vida fronteriza*, Santiago, Universidad Católica, 1989, p. 242.

¹² BECHIS, Martha, *Interethnic Relations during the Period of Nation-State formation in Chile and Argentina: from Sovereign to Ethnic*. Ann Arbor, University Microfilms International, 1984, p. 58.

¹³ Nótese que la designación “moluche” no parece encontrarse en fuentes chilenas, hasta donde he podido averiguar.

¹⁴ Zavala retoma aquí el punto de vista de Dionisio Schoo Lastra, quien decía que “aquellos indios ‘moluches’, término que quiere decir guerreros, fueron llamados por los españoles ‘aucas’, que equivale a rebeldes; luego se les denominó a todos Araucanos, como procedentes del país de Arauco, cuando en realidad provenían también de Penco y Tucapel” (SCHOO LASTRA, D., *El Indio del Desierto, 1535-1879*. 2da. ed., Buenos Aires, Agencia Gral. de Librería y Publicaciones, 1930, p. 40). La misma etimología daba, a mediados del siglo XVIII, el jesuita Thomas Falkner, quien luego de declarar que “los indios que habitan estas partes se distinguen por las denominaciones generales de moluches y puelches” explicaba que “los moluches o molucas son conocidos entre los españoles por los nombres de aucas y araucanos. El primero de estos es un mote, que significa rebelde, salvaje o bandido [...]. Llámense moluches de la palabra molun, que significa declarar guerra, y moluche es un guerrero. Están dispersos por el país, y lado oriental y

los Mapuches usan el término Moluche cuando quieren diferenciarse de los Puelches, considerados inferiores y bárbaros¹⁵. A mi entender, esta última sugerencia de Zavala, que coincide con la bipartición operada por Falkner entre Puelches (“gentes del este”) y Moluches es la que verdaderamente tiene sentido. Según el diccionario de Esteban Erize, estos últimos eran los “ngulluche: gente del Oeste, nombre que fue alterado y derivó en moluche”¹⁶. Morales Guñazú, escribiendo desde una perspectiva mendocina, también lo entendía como “gente del oeste”, a veces sinónimo de araucano o auca¹⁷. Es, sin lugar a dudas, el sentido que tiene el término en los documentos del siglo XVIII, producidos en la vertiente oriental de los Andes, cuando se refieren a los indios de Chile, ubicados alternativa o simultáneamente al oeste y al sur del lugar donde se situaba el hablante, lo que explica porqué aparecen tan frecuentemente asociadas las designaciones de Huiliche (“gente del sur”) y de Moluche (“gente del oeste”)¹⁸. Moluche no es entonces el gentilicio de un grupo específico sino un rótulo de índole geográfica asignado a los indios de Chile por los indígenas de la vertiente

occidental de la Cordillera de Chile, desde los confines del Perú hasta el estrecho de Magallanes, y se dividen en diferentes naciones de picunches, pehuenches y guiliches (FALKNER, Thomas, “Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional”, en DE ANGELIS, Pedro, *Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, tomo II. Buenos Aires, Plus Ultra, 1969, pp. 715-716).

¹⁵ ZAVALA, J. L., *op. cit.*, 231-232.

¹⁶ ERIZE, Esteban. *Mapuche. Diccionario Mapuche-Español*, tomo 6. Buenos Aires, ed. Yapun, 1990, p. 80.

¹⁷ MORALES GUÑAZU, Fernando, *op. cit.*, p. 11.

¹⁸ En una carta del 23 de julio de 1790, el Comandante de Frontera de Mendoza Amigorena transmite las noticias dadas por el cacique pehuenche neuquino Currilipi “de que sobre todos ellos vienen caminando un mil quinientos **Indios Muluches, o Valdivianos**, que reunidos con los Huiliches, Ranquelches y Mamelches por quienes son convocados para este fin, conceptúan pueden componer hasta el número de dos mil” (AHM, carpeta 55, documento 25). En 1792, la expedición de Esquivel Aldao al Neuquén se topó a la altura del río Agrío con rastros de indios que según los baqueanos serían de “indios muluches”, enemigos de los pehuenches, que se retiraban a unas salinas “que hay en esta parte” y, más adelante, con huellas de “Indios Huiliches y Muluches que bajan a las pampas a tomar yeguas” (Esquivel Aldao, Francisco, “Relación diaria de la expedición que de orden del señor Marqués de Sobremonte...”, *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, tomo VIII, 1931, pp. 334-335). En esa misma expedición, Aldao toma declaración a una india pehuenche que había logrado huir de sus captores huiliches y afirma “que están en el río de Rucachoroi afuera de la sierra **los guiliches**, que serán como cuatro cientos de pelea, y que tienen mucha hacienda y chusma y que **los más de ellos son muluches...**” (Esquivel Aldao a Amigorena, 10 de mayo de 1792, en AHM, carpeta 66, doc. 78). Si tenemos en cuenta que había huiliches a ambos lados de la cordillera (los “de Chile” y los de “las pampas”), lo que esta cautiva está diciendo es que en Rucachoroi se había juntado a los huiliches orientales un gran número de huiliches procedentes del oeste: muluches. Un documento dos años posterior indica que antes de cerrarse la cordillera habían cruzado al este de los Andes seiscientos “indios **muluches de los llanos de Valdivia**, comandados por el cacique Mabuibfequé” (Esquivel Aldao a Amigorena, 29 de junio de 1794, en AHM carpeta 30, documento 12).

oriental de los Andes y retomado acriticamente por las fuentes coloniales, transformándolo en una "identidad impuesta"¹⁹.

Ulipan Pichapi, oriundo de la región de Osorno, es catalogado de "cacique Moluche" por los pehuenches del sur de Mendoza (o sea, por indios del este). Cuando él mismo habla de los dueños de los terrenos entre el boquete de Alico y las ruinas de Imperial y de Villa Rica, no menciona a los Moluches sino a los Huiliches y Mapuches. La frase más significativa me parece ser la última: "Los Caciques Mapuches aseguran que en aquella costa...". Teles Meneses da a entender que los ha oído en persona describir las embarcaciones tripuladas por gente blanca, siendo que nunca ha estado personalmente en esas regiones. Los "Mapuches" de su documento, por lo tanto, no pueden ser otros que Ulipan Pichapi y los caciques de su escolta, que habían hecho el largo viaje a San Rafael desde Osorno²⁰. Se deduce entonces que los mismos indios que los pehuenches llamaban moluches se presentaban a sí mismos, ya en los primeros años del siglo XIX, como mapuches. El gentilicio no recubre aún al conjunto de los indígenas hablantes de mapudugun en Chile, puesto que Ulipan Pichapi distingue entre Mapuches y Huiliches (estos últimos situados en una "Villa Rica" que Teles, cuatro años después de su encuentro con el cacique chileno en la frontera mendocina, imagina sobre el litoral pacífico) y por cierto excluye a los grupos asentados al este de los Andes. Aún estamos lejos de vislumbrar cualquier referencia a la oposición "Mapuches versus Huincas" que cristalizará en la segunda mitad del siglo XIX. La vigencia de esta autodenominación en los albores del siglo XIX queda corroborada por el escueto texto producido en 1809 en Melincué (cf. nota 9).

Ahora sí, podemos brindar al lector el documento original para que saque por sí mismo sus conclusiones. La transcripción se ha hecho modernizando la ortografía, desplegando las abreviaciones y respetando la grafía de nombres y lugares, así como el uso de mayúsculas en el texto.

¹⁹ Cf. NACUZZI, Lidia R., *Identidades impuestas. Tehuelches, auca y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, 1998, p. 133.

²⁰ Los "Caciques de los llanos muy distantes, situados en la parte Occidental de la Cordillera" de los que habla el documento citado en la nota n° 5.

Informe de don Miguel Teles Meneses sobre un camino de Mendoza a Talca
Archivo Histórico de Córdoba, Gobierno, Caja 31 (1809), Legajo 17

Excelentísimo Señor:

Desde que recibí el Oficio de Vuestra Señoría de 11 de febrero de 1808 en que se sirve ordenarme la averiguación de las distancias que hay de la Junta del Diamante a las Naciones de Osorno, Muluches, Imperial, Valdivianos y demás de las costas del Mar chileno, como también si podrá hacerse transitable para carretas el camino al Boquete de la Cordillera que conduce a Talca, no he cesado de practicar las más vivas diligencias. Para ello he tenido que valerme de los Caciques Amigos, y comparando las relaciones de todos ellos he deducido un resultado que será el objeto de esta exposición.

Desde el Río Diamante hasta el de Balbarco se pasan otros diez y siete ríos y riachuelos que van detallados en el Plano que tengo el honor de incluir a Vuestra Señoría para su mejor inteligencia²¹. Aunque hay otros muchos más ríos después del expresado de Balbarco (como se ve en el plano) es preciso tomar éste por punto de relación para fijar las distancias reguladas por los Indios. Estos gradúan seis días de camino a diez leguas, y bajo de este principio asientan que desde el Río de Balbarco hasta el Boquete de Alico²² hay doce días de camino. El paso intermedio es regado por arroyos de bastantes aguas. Hermosísimos planes llenos de robles, pinos, cipreses, alerces, manzanos y duraznos, y salpicados de fresas o frutillas hacen deliciosos esos lugares y dan claras pruebas de su riqueza inútil en manos de los Pehuenches, Guiliches y Patagones que la poseen.

En el Punto de Alico es baja la Cordillera, y su tránsito libre en todas las estaciones. Desde él hasta Osorno se regula tres meses y medio de camino yendo con cargas. En este viaje hay que pasar los Ríos Niuli²³, Ytatu, La Laja. Son caudalosos y se pasan en balsas. Sigue el Duqueco, a vado, el Biobio en barcos, el Imperial, en balsa, Toltén, a vado, el Blanco, lo mismo. Este último pasa junto a Valdivia, y es constante que cuando los Guiliches, Ranquelches, Llanistas y Pehuenches invadían las Pampas de Buenos Ayres iban a vender a Valdivia los ganados que allí robaban. Estas invasiones han cesado por la oposición que hacen a ellas los Pehuenches desde que se aliaron con nosotros.

La distancia que hay desde el Diamante hasta los Muluches es de cuatro meses de camino, según me informó el Gran Gobernador Ulipan Pichapi cuando estuvo en esta Ciudad. Pasó por el Boquete de Alico y no cesaba de ponderarme la hermosura y feracidad de los Planes que abarcan la Imperial, situada en la

²¹ El plano mencionado por Teles Meneses no figura, lamentablemente, en el legajo consultado.

²² También conocido como Boquete de Antuco, es el paso que habían utilizado Justo Molina en 1804 y Juan de la Cruz en 1806.

²³ Entiéndase, el Ñuble, afluente del Itata.

Florencia Roulet

*costa del mar chileno*²⁴. La distancia que hay desde el mismo Diamante hasta aquella arruinada Ciudad es de dos meses y medio de camino, marchando al sur por entre montes de excelentes maderas habitados por Guiliches y Mapuches.

La Villa Rica queda en la misma costa del Mar chileno. La riega el Rio Toltén y la habitan los Guiliches. Los Caciques Mapuches aseguran que en aquella costa se han visto tres embarcaciones con gentes blancas.

*Por lo que respecta al camino de ruedas por el Boquete de Talca*²⁵, conozco lo aventurado que puede ser la franqueza de mi opinión, pero sería despreciable a mis mismos ojos si fuese capaz de faltar por respeto alguno a la sinceridad con que debo hablar a Vuestra Señoría. El Gobierno de Concepción tiene un grande interés en apropiarse este descubrimiento, y por lo mismo no deben parecer extraños los esfuerzos que ha hecho para realizarlo. El Comisionado don Santiago de Zerro y Zamudio era seguramente el hombre menos a propósito para esta insuperable empresa. La manejó tan mal como era de creer, y sin embargo su interés personal lo precipitó al extremo de intentar fascinar la superioridad con mentidas relaciones y soñadas esperanzas. Este ha sido el origen de tantas discusiones, y de la oscuridad con que hemos visto tratado un punto tan obvio. Existe efectivamente un camino de ruedas hasta dicho Boquete. Pero se halla dominado por los Ranquelches, Puelches y Guiliches que jamás consentirán el tránsito de los Españoles. Por esta razón es visto que debemos considerar la existencia de este camino como si fuera negativa, pues no siéndonos lícito usar de la fuerza, no hay medito para asegurarnos su posesión.

En estos breves rasgos queda trazado cuanto hay de efectivo en el particular, y aunque no sea esto conforme a las relaciones que se han dado a la Superioridad, los respetos debidos a Vuestra Señoría me autorizan para decir francamente que sus autores no han visto el camino que tan menudamente detallan. Me sería facilísimo probar esta verdad pero lo considero ajeno a este papel.

*Existe otro camino libre de inconvenientes, y que ofrece las mismas ventajas. Este es el que hay entre el Río Atué y el Cerro Nevado, sin que haya más obstáculo para el tránsito de ruedas que unas pequeñas eminencias fáciles de allanar*²⁶. La única dificultad que se ofrecía en este camino era la enorme travesía sin agua que había desde la Laguna del Agua Dulce hasta el Fuerte de San Rafael, pero ésta ya no existe. Desde el momento en que se me encargó de la Comandancia de esta Frontera, dediqué mis conatos no sólo a los deberes de mi

²⁴ La Imperial, ciudad fundada por Pedro de Valdivia en 1551, fue destruida en la gran rebelión indígena de 1598.

²⁵ Se trata del paso del Planchón (actualmente denominado Vergara), reconocido por Cerro y Zamudio en 1802 y retomado en sus viajes de 1804 y 1805.

²⁶ Teles Meneses parece estar refiriéndose al Paso de las Damas, explorado por Sourryère de Souillac.

empleo, sino también a todo cuanto pudiera ser útil al Estado. Miraba con dolor perderse las aguas del caudaloso Río Diamante, y a fuerza de investigaciones personales, encontré un punto, distante diez leguas de San Rafael corriendo al Este, en que podía darse un piquete al río. Puse en planta mi pensamiento, venciendo inmensas dificultades, y por fin tengo la más viva de las complacencias en asegurar a Vuestra Señoría que ya no existe la gran confluencia de los Ríos Atué y Diamante: las aguas de éste abandonaron su formidable caja y han enriquecido con su caudal cincuenta leguas de la espantosa travesía que ya está reducida a solas doce leguas. No tardarán las aguas en vencer los cortos escollos que les presentan algunos arenales, y talvez antes de seis meses las aguas del famoso Diamante correrán unidas a las del Río Tunuyán.

Si yo tuviera la desgracia de ser poseído por la fatal manía de los proyectistas, se me presentaba una bella ocasión para hacer mi nombre memorable. Haber hecho cambiar en corto tiempo el curso que por tantos siglos ha recorrido un Río de los más caudalosos, hacer desaparecer una espantosa travesía y fertilizar una inmensa extensión de terrenos, son objetos de demasiada consecuencia, pero la única importancia que deseo se deduzca de ellos en beneficio mío es la de tener esta nueva prueba de mi celo en beneficio del Rey y de la Patria.

Salvado ya el inconveniente de la travesía, y allanadas fácilmente las pequeñas eminencias, podrán venir las carretas por el camino Real de Buenos Ayres hasta diez leguas antes del Fuerte de San Rafael, pasarán la antigua caja del Diamante y los vados del Atué, y caminando sobre su orilla, dejando al sur el Cerro Nevado, llegarán hasta el Boquete. Ignoro si éste podrá pasarse en carreta, pero los diarios de la expedición dirigida a aquel punto por el Excelentísimo Señor Marqués de Sobremonte en el año de 1804 darán una completa luz sobre la materia²⁷.

Verificado el camino, se abría un copioso manantial de riqueza para los habitantes de la jurisdicción de Buenos Ayres, y de la Provincia que Vuestra Señoría manda: llevarían fácilmente sus ganados a Talca, Curicó y demás puntos del Reyno de Chile que claman por la apertura de este camino, conociendo las inmensas ventajas que habría de producir a ambos Reynos tan útil y recíproco comercio. Nuestros Amigos los Pehuenches y Puelches, actuales poseedores de parte de este camino, se acostumbrarían más y más a nuestro trato, irían conociendo sus ventajas y se dispondrían a formar una parte integrante de la gran Monarquía Española.

²⁷ Se trata de la expedición de Buenos Aires a Talca en la que participaron, acompañando a Cerro y Zamudio en su viaje de regreso a Chile, el geógrafo Sourryère de Souillac y el teniente de Blandengues Esteban Hernández, cuyo diario fue publicado en el Tomo I de la Colección De Angelis.

Hasta aquí van expresadas las noticias que he podido adquirir sobre los puntos cuya indagación se dignó Vuestra Señoría encargarme, resta ahora dar a Vuestra Señoría con la mayor puntualidad noticia de todas mis operaciones en el Fuerte de San Rafael desde el 12 de enero de 1808 en que tuve el honor de dar a Vuestra Señoría el último parte.

En aquella época no era el Fuerte más que una muralla de adobón con altura de 2 ½ varas, ni debía ser más atendiendo a que su construcción era provisional, pues debía formalizarse un Fuerte formal en otro punto distante de él poco más de una cuadra. Esto prevenían las órdenes que me dio la superioridad al encargarme esta Comisión, pero las circunstancias variaron y apuraba la necesidad de reforzar este punto. La numerosa concurrencia de los Indios había aumentado enormemente: los Amigos me hablaban con recelo de las visitas frecuentes de los Guiliches, y últimamente el estado vacitante de las cosas exigía que dando oídos a las voces del honor tratase de reforzar el punto que me estaba confiado. Los auxilios de Mendoza llegarían tarde a una distancia de setenta leguas; las apuradas circunstancias del erario no hacían admisible la urgente petición de refuerzos para la corta Guarnición (siempre incompleta por las ocupaciones de campo) ni menos para emprender los enormes gastos que exigía la construcción del Fuerte principal. En tan apuradas circunstancias, no tuve más recursos que los que me dictaba mi celo, y guiado por él he hecho lo siguiente.

La débil muralla presentaba poca resistencia al transcurso del tiempo, y por lo mismo la calcé con Piedra, trabándola por fuera con otra de Adobe que la [sic] dio solidez y duración. Llegado a la altura de las dos y media varas que tenía la muralla, seguí trabándola con Adobes y elevándola con ellos en todo su espesor hasta la altura de cuatro y media varas que ahora tiene. Se construyeron nuevamente los cuatro baluartes con sus Garitas de Adobe, y se circundó toda la Fortaleza con un buen empedrado que ocupa vara y media. En seguida se construyeron en el Lienzo del Sur buenas habitaciones de Adobe que son: una sala de Armas con escaños y Armeros, una habitación para el capellán, la Capilla ubicada frente al Portón de la Fortaleza, las viviendas del Comandante y Ayudante. Todo este Lienzo está resguardado por corredores en los lados del Norte y Sur, y los pavimentos de las viviendas perfectamente empedrados. También lo está toda la circunferencia de las mismas habitaciones, y el recinto de la Fortaleza. En el lado del Oeste hay cuatro habitaciones de adobón que ocupan todo el Lienzo. El del este lo ocupan enteramente los cuarteles. Últimamente, en el lado del Norte, se halla el Portón empedrado en su salida hasta la distancia de cinco varas: la parte del Este la ocupan dos cuartos, y el cuerpo de Guardia. Este tiene una puerta a la plazuela de la Fortaleza y tira a lo interior del Portón. El lado del Oeste está ocupado por dos cuartos y por un calabozo con puerta a lo interior del Portón. Este se halla dominado por un Altillo que por la parte exterior sirve de fachada, y en su cima se ve tremolar la Bandera.

Fuera de la Muralla, y en corta distancia de ella, hay una casa con corredores por todo el gran Patio para alojamiento de Indios. Otra de Adobe para habitación de vecinos y se está construyendo otra también de Adobe. Hay además siete habitaciones y en un Lienzo al Sud Oeste de la Fortaleza, y cerca de él unas diez y ocho casas de paja.

Demás de esto, aprovechándome de la suma deferencia con que me tratan los Indios, he sacado de entre ellos a más de veinte Españoles, y a dos Esclavos que entregué a sus Amos. También había algunas Mujeres que saqué igualmente. Estas gentes son la hez del Reyno de Chile: los asesinatos y los robos los hacen abandonar su Religión y su Patria, y para librarse del futuro castigo que merecen sus enormes delitos se internan a los Indios y siguen su abominable vida; siendo lo peor de todo la facilidad con que talvez pudieran causar alguna alteración en los ánimos turbulentos de los Infieles.

Por lo que hace a la Población, cuenta ya más de trescientas Personas en que se comprenden veinte y cuatro Indios. La mayor parte de este vecindario se ha mantenido y se mantiene a mi costa. Bien comprenderá Vuestra Señoría que éste me es un gravamen excesivo: ha llegado a hacerse insoportable, y por lo mismo me veo en la inevitable precisión de solicitar se me exonere de él. Seguiré en franquear como hasta aquí los obreros Directores de Carpintería y Albañilería en que se hallan ocupados soldados y criados míos, y quisiera hallarme con proporciones para seguir manteniendo la Población a mi costa. Crea Vuestra Señoría que me es imposible, y por lo mismo me preparo a dirigir a Vuestra Señoría un memorial sobre este asunto.

Este es el resultado de mis ocupaciones: lo presento a Vuestra Señoría para que se sirva hacerme las advertencias que estime oportunas. Mis deseos se dirigen al mejor servicio del Rey, y como para su calificación es tan esencial la aprobación de Vuestra Señoría, será completa mi satisfacción si llego a merecer que mis desvelos puedan grangeármela.

Nuestro Señor guarde a Vuestra Señoría muchos años. Mendoza, 25 de Septiembre de 1809.

Miguel Teles Menezes

Señor Gobernador Intendente de la Provincia de Córdoba